



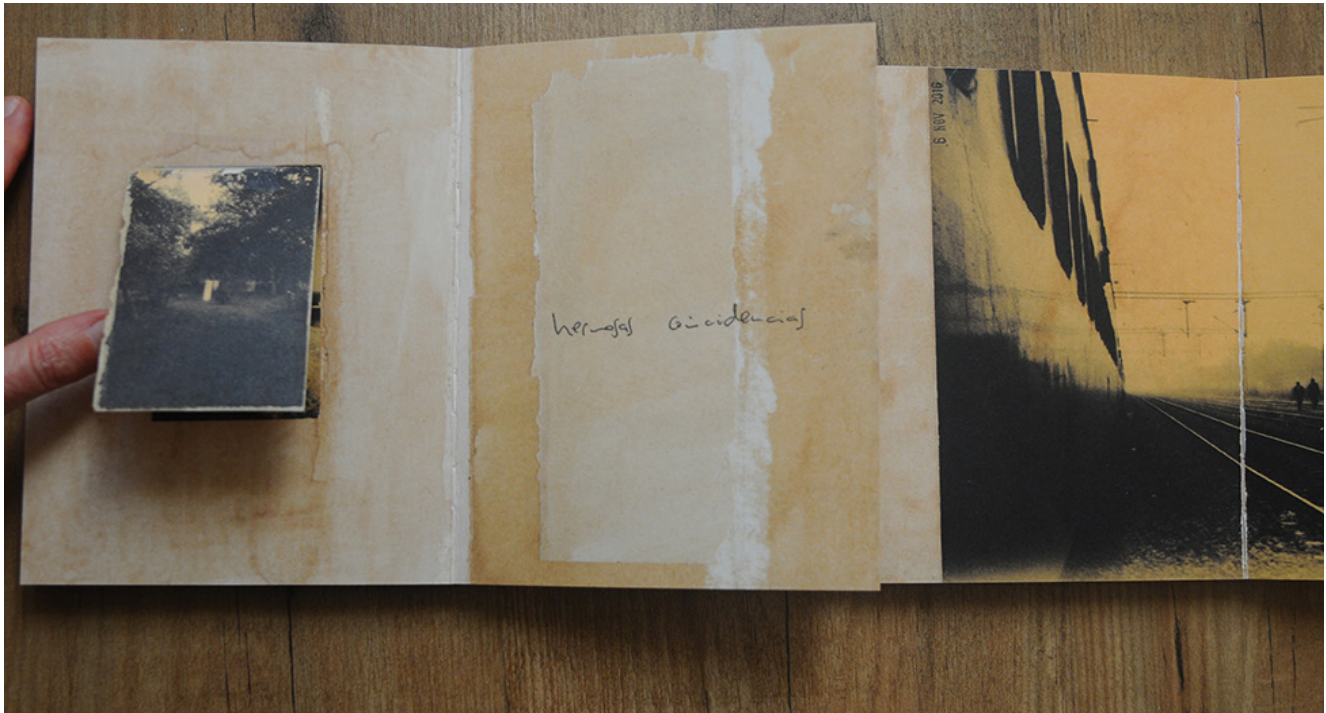
## AL BORDE DE TODO MAPA. JUANAN REQUENA por Alberto Prieto Aguaza

No nos encontramos ante un libro sino ante un objeto altamente manipulable. Podríamos decir que es muchos libros en uno, o muchas lecturas combinables; todas, claro, orquestadas por una misma batuta. Es un acordeón, por aquello de que se despliega y, a golpe de fuelle, de cambios de dirección y giros varios, nos salpica de notas. Al ver el objeto, da la impresión de que vayamos a abrir una caja de cerillas gigante, y que dentro estarán los gusanos de seda con sus hojas de lechuga, como cuando éramos pequeños; o restos de fotos olvidadas y arrebuajadas sin orden ni concierto. Es un cajetín, aparentemente sin la cerradura a la que aplicar la llave colgante del femenino pecho. Aparentemente, porque después se entiende la pretensión de que la clave -de sol- la tiene cada uno en su interior. La llave de la caja: “Allí donde todo encaja” -se nos susurra en el interior del libro. Más que el símbolo de apertura y cierre de posibles sentidos, resalta el “allí”. Porque hay una indeterminación o fusión entre el donde y el cuando. Hablamos de lugares, pues a eso apunta un mapa, como base para en realidad hablar de tiempos. “Allí” la llave encaja; ergo, a veces todo tiene sentido. Otras nada tiene ninguno.

¿Qué es esa incongruencia morfosintáctica de al borde de todo mapa? ¿No debería ser al borde de todos los mapas? ¿O de cualquier mapa? Todo como absoluto, como el mundo, englobando en una superficie vacía y marrón, únicamente atravesada por una flecha, la totalidad de esas tensiones entre deseos y dudas. Se nos ofrece una caja como tratado general sobre los mapas, pero, al extraer el libro y abrirlo, nos encontramos con la personalización que ha realizado Juanan con cada uno de los 1500 ejemplares de esta tirada. Entre “el todo mapa” y “este mapa” hay un ofrecimiento a compartir la idea propuesta a la par que impele a cada lector a que construya su propio mapa emocional.

No es un libro porque no hay hojas, sino pergaminos ensamblados. La idea de libro es tan moderna, que se olvidó la posibilidad de elegir pliegos sueltos, de arrejuntarlos como buenamente nos plazca. No hay nada sólido: “Lo profundo es el aire”, decía Guillén. Nada aprehensible, aunque no lo parezca, y parezca que se nos ofrecen intuiciones y posibles imágenes y palabras. No hay nada tangible. Estos pergaminos son una radical negación. Radical otredad, porque ni siquiera es otro: ¿o es que en algún rincón de este mapa se vislumbra un yo? Si no hay yo, no hay otro. Frágil y provisional arquitectura de choza a la intemperie: construir una identidad sin definir ni apuntalar vigas ni columnas. La ausencia de la racionalización y la planificación del plano o mapa. La inconsistencia como única argamasa que puede mantener unidas las piedras con las que nos edificamos. Todo lo demás, toda construcción, todo mapa, todo libro es una quimera que derriba con un leve soplo las múltiples máscaras del yo. Persistencia en la inconsistencia; la terquedad insoportable de mantenerse en el mismo punto inmóvil en el que las palabras/imágenes son borrosas y no tienen perfiles definidos. La estrategia del caracol, que tanto parece que se mueve como que está detenido. El caracol, ora se retrae a su carcasa/caja, ora se despliega y nos muestra los pliegues de su piel/mapa.

Mapa que carece de puntos cardinales, de referencias espaciales. Un mapa con el que no puede uno orientarse, ni situarse, ni lleva a ningún lugar, ni cuantifica las distancias. ¡Vamos, que no sirve como mapa! Inútil porque no habla de lo que tendría que hablar. Impracticable porque no hay por donde cogerlo: produce el mismo efecto físico de desconcierto que esos mapas de carretera que ya nadie usa, desplegados enormes que costaba abrir, y en los que localizar de forma plausible la zona requerida era un incordio; y más después, volver a plegarlos de forma adecuada: siempre quedaban marcadas unas zonas que no deberían estarlo, y agujereadas otras.



¿Cómo se lee un mapa? ¿Cuáles son sus coordenadas y escalas? ¿Latitud y longitud? Lo horizontal y lo vertical en algunas disciplinas corresponde a la sincronía y a la diacronía: corte vertical y análisis en el presente o escaneo horizontal dilatando el tiempo. Este mapa desmiente las coordenadas, desnortándonos. Dejamos de saber lo que es memoria y lo que es deseo, en un baile incesante de disfraces. ¿Cómo pueden caber en un mapa memoria y deseo? Como no somos más que eso, las coordenadas geográficas reales no nos sirven. ¿Qué hay en este libro sino retazos y vislumbres inconexos de intensos fogonazos? En estas imágenes, indagar qué hay de recuerdo o qué de anhelo, aparte de estéril, resulta incluso de mal gusto. Planean las palabras, imágenes en el limbo, como un espíritu flotando sobre su propio cadáver que acaba de abandonar -pieles desechadas-, o al que se acaba de adherir -ciclo vital sin fin.

Hay un burdo chiste etnicista en el que un vasco entra en una librería y dice: ¿por favor me pone un mapamundi de Bilbao? Como el que pide un zurito en una tasca: todo queda en familia, en el terruño. En este chiste resulta entrañable la identificación de plano, mapa y mapamundi. La patria chica como manifestación de lo universal; el callejero como confín de ríos, cordilleras y fronteras políticas. Para qué ir más lejos. Tan real y comprensible es este instinto de arraigarse como el de salir corriendo, de escapar de las fronteras: ¿quién no guarda algún recuerdo de ensoñaciones infantiles al repasar mapas lejanos con el índice? Parte del mal du siècle romántico fue el deseo de viajar. ¿Irse o quedarse? Se cuestionaba Flaubert, que veía las pirámides a través de sus lecturas

previas, mientras Máxime du Camp elaboraba junto a él memorables colodiones, al tiempo que estaba deseando volver a París para echar de menos el lugar o, mejor dicho, el viaje. Leemos en el mapa: “donde quedarte” (junto a una foto de dos viajeros y un tren), que es afirmativo; pero podemos conectar este sintagma con el anterior “Sin nunca saber a quién sigues”, y entonces el donde quedarte se transforma en duda.

Como un globo terráqueo, nos hallamos ante un libro redondo, porque ofrece lo que promete: “¿Empezarás por el final?” “¿Habrá un final?” Puedes girar sobre su propio eje, como cuando le das vueltas con el dedo a la bola: volver al punto de partida pensando que estás avanzando y detenerte con el dedo en un punto determinado, a ciegas, a ver dónde hemos ido a parar; a ver qué palabras y paisajes nos encontramos en el camino, por azar. Cazar el azar. Y por supuesto podemos girarlo en el sentido contrario, para perder el sentido, aunque no nos perdamos un sentido narrativo –inexistente-, pues marearnos es su sentido de ser. Gracias a que todos esos fragmentos verbales y visuales son intercambiables, porque –tal como esa embustera flecha nos indica- todos apuntan en la misma dirección, podemos abrir el libro por cualquier lugar: fotos y palabras independientes, como islas, pero rodeadas por el mismo mar, bañadas por el eco de las mismas olas. Girar el mapa-mundi en sentido contrario. A las agujas del reloj. En la primera película de Superman, el superhéroe consigue hacer retroceder el tiempo al dar innumerables vueltas al planeta Tierra. Ecuación e ilusión espacio-temporal.

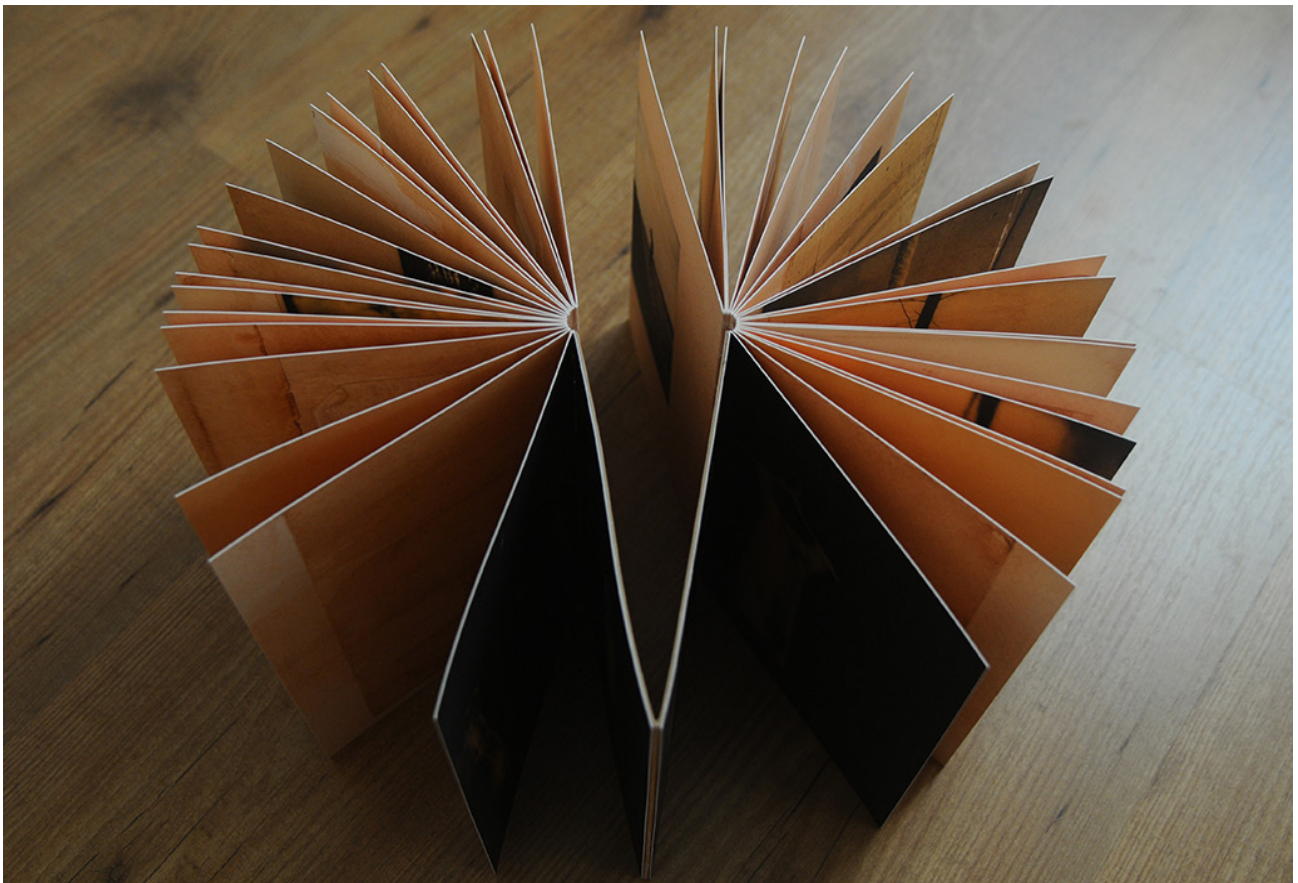
Al borde de; aparentemente sintagma espacial pero que hace referencia a uno temporal: a punto de; a punto de caer, al borde del cráter de un volcán dormido, como esa superficie del mapa sin nada escrito. Al borde del abismo es idéntico al vértigo detenido, al mirar el vacío de ese no-mapa que germina lentamente en nuestro interior, de ese plano que, como la tinta de limón, nos descubre, a veces y fugazmente, cálidos caminos, que al enfriarse -la tinta- vuelven a ocultarse a nuestra comprensión –los caminos. Por eso el absoluto del “todo mapa” y la invisibilidad de lo concreto, de “este mapa”. Por eso la metáfora, por eso la contradicción formal: un libro que no es un libro; un mapa que no es un mapa. No podía ser de otro modo. Al borde de también como apuntes, o respuntes que cosen y descosen los pliegues entre sí, como sugerencia; torre de vigía, faro que alumbraba a los marineros perdidos, tanto si van a viajar como si ya han vuelto; la condición de naufragio es atemporal y no viene determinada por las inclemencias externas.

Vas pululando por ese mapa y caes en la cuenta de que algunas fotos son señuelos, pero para entonces ya estás atrapado en la trampa de esa otra foto que se esconde bajo la primera. Y para entonces ya no puedes salir del laberinto. O mejor dicho, visualizar que ya estabas en un laberinto y no eras consciente. De hecho, desde siempre, recorrer un laberinto ha servido simbólicamente para sentirnos perdidos y si hay suerte vislumbrar y trazar un camino, hacia delante y hacia atrás, que nos proporcione momentáneamente cierta calma de espíritu. Es un regocijo pasar la yema de los dedos sobre algunas fotos, buscando el reborde para levantarlas, y comprobar con una sonrisa que no son de esas, que estas están refotografiadas sobre el fondo terroso. ¿Qué es imagen y qué textura en este acordeón? Hay una imagen con flores que sí está pegada, pero se me resiste, y pienso que hay demasiada cola, pero insisto en querer levantarla porque se ve otra, pero está perfectamente enganchada; y dudo que sea un error, pero prefiero quedarme con la duda. Me regocijo por haber sido un incauto pero también porque el trampantojo ya ha surtido su efecto gracias a las anteriores imágenes, que sí eran de esas, de las que nos ofrecen otras en su seno, de las que sugieren la anunciación de la metáfora, el interminable parto de la virginidad del sentido, de lo que apuntamos a decir y sabemos que es mejor no decir ni mostrar. Y en este



caso, sin necesidad de otra imagen, debajo, esa otra imagen ya palpita latente en nuestra piel: buscaremos el sentido que necesitamos en ese momento: Juanan nos pone la escalera, y luego la tira, como dijera Wittgenstein sobre el lenguaje; cualquier lenguaje. De ahí al silencio sólo resta un peldaño. Suma y sigue.

También se podría conjeturar que se trate de un puzzle reversible: fascinante llegar al centro del mapa, y desplegar en 4 hojas esos 6 inquietantes vestidos desenfocados sobre fondo negro... porque al mismo tiempo -reverso de la ropa, de la piel del mapa, de la máscara-, se ve a Juanan, saliendo de la vía hacia ningún lugar, pues el lugar hacia el que iba -plegado el libro en dos- ahora está detrás, y no delante; ni principio ni final: por eso no se estilan las mayúsculas ni los puntos en todo el recorrido de este mapa. Al borde de..., A punto de.... Juanan, cruzando las vías hacia un campo abierto, como quien abandona un camino ya marcado para aventurarse en terra ignota. O Juanan, cruzando la vía para ir a sentarse una silla de la que “nunca te irás”. O Juanan cruzando la vía para coger otro camino que a su vez oculta otra silla, “salvándote” así. O Juanan, cruzando la vía “sin atrás posible”, hacia una escalera blanca. Sin atrás posible y escalera: ¿la subimos o la bajamos? La duda se ve ampliada porque no se percibe continuidad a lo alto: ¿por qué no hay una puerta? ¿A dónde lleva esa escalera? ¿O de dónde te trae? Múltiples posibilidades que densifican la acción inicial de Juanan de bajarse de un tren imaginario. Pero al final, siguiendo la estrategia del caracol, se crea la ilusión óptica de que, como cuando le damos a la moviola hacia atrás, vemos a Juanan caminando de espaldas, alejándose de ese paisaje; y entonces empezamos a desplegar la parte derecha del libro, y vemos fijo un paisaje a la izquierda, del que no sabemos si se irá o si ya ha vuelto.



Al borde de porque esa expansión apuntada no se mueve de un punto. La estrategia del caracol proyecta inmovilidad pero por dentro se cuecen múltiples caminos. Magnífica imagen la del coche subido en lo alto de una estructura...metáfora del viaje detenido en las nubes. Aparentar/nos que nos movemos, quedándo/nos quietos. La ausencia de orden narrativo ayuda a crear la sensación de que todas sus imágenes son visualizaciones de un déjà vue inconsciente que nos impele a fotografiar y escribir sobre la ya visto. Como no sabemos lo que hemos visto no podemos concretarlo, solo sugerirlo, evocarlo, que es lo que encontramos en este mapa, también anti-mapa por ser tan aéreo. Todo puede acontecer pero nada llega a suceder: ontológica tragedia, más que misterio, de la imagen fotográfica, ya que sabemos cómo acaba: es decir, la tragedia es que no acaba, que no puede acabar, que en su pureza primigenia el hombre no está diseñado para acabar, para acabarse, de definir. Interminable, cansino y esperanzador, eterno retorno, del condenado Sísifo, a la par que ave Fénix. El cambio de dirección, la confusión de los puntos cardinales, debe ser como la desorientación del que ha aspirado al vuelo más alto y comprueba su inanidad. Dice un soneto de José Hierro: "Grito 'Todo', y el eco dice 'Nada' / Grito 'Nada' y el eco dice 'Todo' ". Y el verso final: "Después de tanto todo para nada". Parafraseándolo, este libro podría llamarse: Al borde de nada mapa. Como otro botón de muestra, encontramos escritas las palabras "Una frontera", donde el artículo indeterminado está tapado; a saber lo que habría debajo: el artículo determinado (la frontera), una minifoto, o directamente nada (frontera). Otra estrategia para hacernos cuestionar su naturaleza. ¿De qué estamos hablando cuando decimos frontera? Las fronteras no significan nada a la par que lo representan todo.

El tiempo ¿vuelve? Muchos lo leerán como una pregunta completa de las tantas que salpican el recorrido de este mapa, ¿el tiempo vuelve? Ya que antes/después hemos leído "el tiempo vuelve". De la afirmación a la pregunta. O al revés, tanto da. Sin embargo, aquí los signos de interrogación únicamente envuelven el verbo volver. No se cuestiona el tiempo. Existe como entidad y resuena como quien lo pronuncia entre dientes para si, por vez primera. Sin embargo, en esa verbalización de lo que llamamos Tiempo, se ve cuestionado el cómo lo vivimos: ¿vuelve? Es decir, aparte de que sabemos que el tiempo avanza irremediablemente, es posible revivir el pasado. Contradicción insoluble que debe ser planteada con una absurdidad propia del taoísmo: no se pregunta sobre el tiempo pero sí que se pregunta sobre el tiempo. Los extremos se tocan. Son preguntas antirretóricas, porque no sólo no contienen la respuesta sino que no tienen respuesta. Sólo pretenden que cada uno mantenga la vibración del absurdo en su mente: así surte efecto la repetición; pues al final, habiendo perdido las palabras su sentido, se puede producir la interiorización de la ambigüedad. El leitmotiv de las preguntas aparece reiteradamente en este mapa, ya como indicaciones directas -"Vives en la pregunta"- ya como pistas para interpretarlo. Afirmaciones y cuestionamientos simultáneos en un desdoblamiento que explica la naturaleza engañosa de la percepción humana, como los velos de Maya: apariencia e ilusión: todo siempre puede ser otra cosa diferente de lo que pensamos. Y esto forma parte esencial del lenguaje de las palabras y del de las fotografías. La vibración de las palabras y las fotos que contiene cada pliegue del mapa se expande en el aire como si hubiéramos acariciado un cuenco tibetano, amplifican el silencio que sustenta, o que es el sustento, el humus de estas palabras/imágenes o viceversa. Por azar, de las dos mitades de este mapa, pueden quedar cuadrados los mantras "el tiempo vuelve" a la izquierda -junto a un ave alzando el vuelo-, y la impertérrita flecha apuntándola con un texto sobre ella: "una cuenta atrás", y una foto con una cuerda colgante y nudo final. Pero cada uno elige la compañía con la que quiere caminar, y por supuesto podemos cambiar de manos. Así, "una cuenta atrás" también se imanta instantánea y sugerentemente con la tira de negativos: "queda pendiente...una cuenta atrás". Mas es prioritario insistir que estos sintagmas son

tan independientes de cualquier conexión que están paridos para hilvanarse con cualquier otro; del mismo modo que las fotografías. El camino se dibuja y se borra ante nuestros ojos como las estelas en la mar de Machado: cada uno debe hollar sus propias huellas y no volver a pisar las mismas, aunque parte del juego de la vida conlleve tener la ilusión de que así es o podría ser. “Serás distancia todavía”: inalcanzables somos a nuestro propio aliento. Como no, otra ilusión óptica: no cambiaremos gran cosa, no podremos escapar de lo que ya somos, idéntico a lo que ya éramos. Por más que nos alejemos o acerquemos nunca nos alcanzaremos; la distancia entre los puntos de un viaje que pudiéramos señalar en el mapa es equidistante al desconocimiento propio. El qué, cuándo, dónde, son asuntos secundarios en este mapa, como corrientes subterráneas que a veces brotan y vemos y a veces no. Por eso un mapa en blanco. Perdón, en tonos amarrotados, como el color de la tierra que pisamos.



Apuntar una lectura de Al borde todo mapa es una tarea que irremediamente cae en la repetición. Para decir lo mismo de otra manera. Una y otra vez. Su autor no es un fotógrafo, ni un poeta ni un artista. Es un tahúr: dícese del experto en juegos de azar; un augur, que lee las entrañas de las aves; un alquimista, que mezcla ingredientes secretos; un prestidigitador, que crea la ilusión de ver lo invisible; un traperero, reciclando papeles, imágenes y palabras; un explorador, que olfatea las huellas de animales prehistóricos; un ermitaño, reconcentrado en un silencio elocuente; un tañedor, que afina instrumentos diversos; un herrero, que forja puentes inoxidables. Un funambulista, de imposibles equilibrios sobre una flecha colgante o colgada del vacío. Un vagamundo, que camina ligero, de equipaje: “donde aún no llegó tu valor, // hila el sueño de cuanto vendrá...” Y todas estas no-profesiones se ejercen mejor en un territorio anómalo. ¿O es cada mapa el que busca a su viajero?

*Al borde de todo mapa*

Juanan Requena

Ediciones Anómalas

Diseño: underbau

Preimpresión: Eduardo Nave

Impresión: Brizzolis

Encuadernación: Ramos

[www.edicionesanomalas.com](http://www.edicionesanomalas.com)

Este libro ha contado con el apoyo de la Comunidad de Castilla-La Mancha y la escuela de fotografía Grisart de Barcelona.